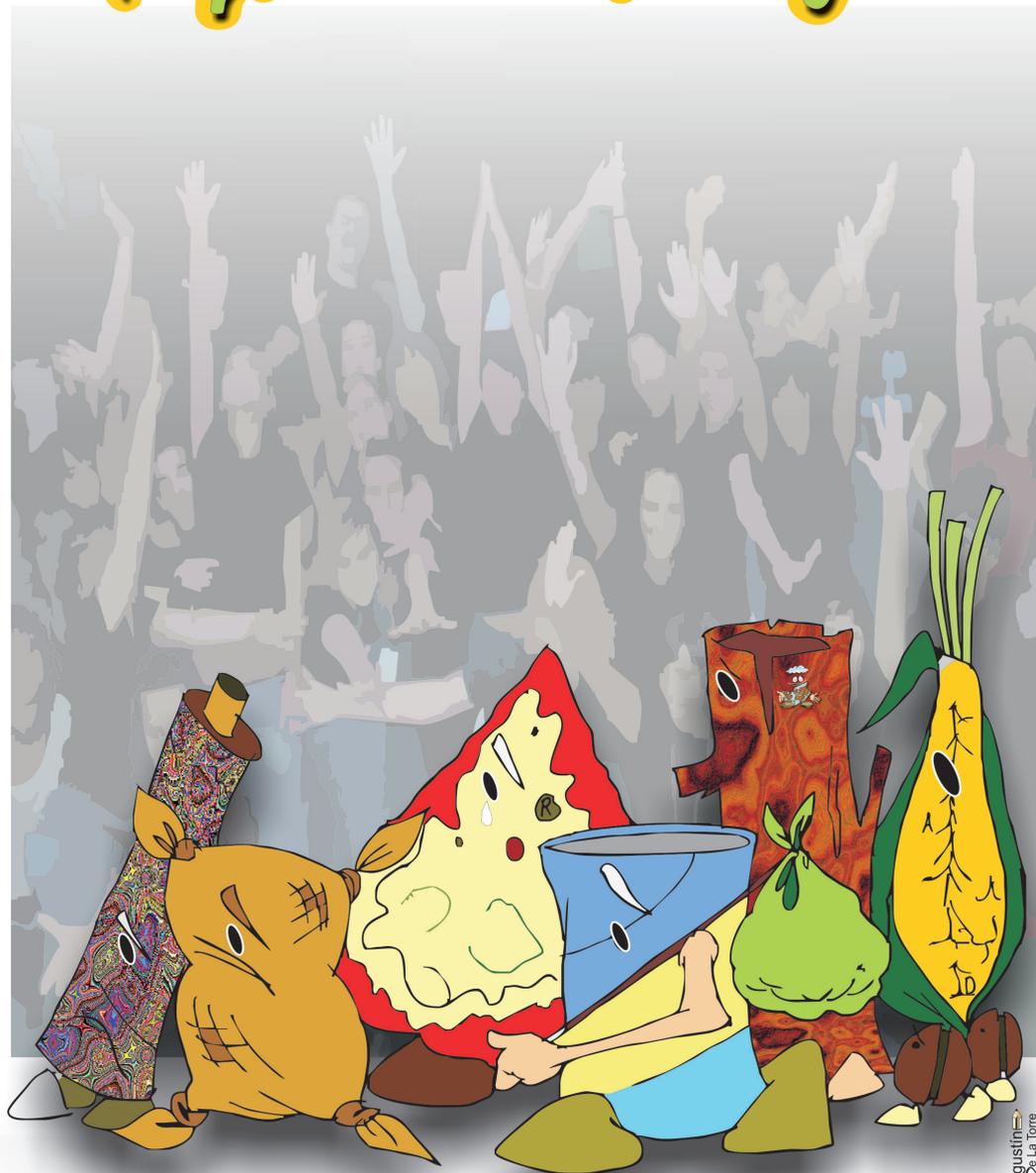


# ¿No queremos extranjeros?



Agustín  
De La Torre



**Solidaridad Don Bosco**

Era la noche de Navidad y en todas las casas se disponían las familias para celebrar la Nochebuena. De pronto, en el silencio nocturno, se oyó un fuerte ruido en la calle. Algunas personas se asomaron con miedo a sus ventanas y vieron a un grupo de hombres encapuchados que habían tirado varios adoquines contra el escaparate de una tienda y pintaban con una brocha en la pared: “¡Fuera extranjeros!”... “España para los españoles”... La tienda era propiedad de un marroquí, que se había instalado en el barrio siete años atrás y vivía en un piso cercano con su mujer y tres hijos que estudiaban en el colegio de aquella barriada.

La gente, muy asustada, corrió las cortinas o cerró sus ventanas. Al poco rato, siguieron con sus preparativos de la cena de Navidad. Nadie se atrevió a llamar a la policía. Los asaltantes se marcharon tan tranquilos y con grandes risotadas.

Al poco rato, dentro de la tienda se oyeron algunas voces: “¡Vámonos a nuestra tierra!”...decía uno. “Pero ¿te has vuelto loco? ¿Cómo nos vamos a ir?”...contestaba otro. “¿Es que no te das cuenta que aquí no nos quieren?...!Vámonos ahora mismo!”...

Y la tienda empezó a bullir como si fuese un hormiguero. El café se marchó enseguida para Colombia y Brasil, de donde habían venido hace muchísimos años. El té cogió un vuelo charter para la India, Camerún y Ruanda. Los collares de diamantes sacaron vuelo para Sudáfrica, Sierra Leona y el Congo. Los anillos y otras prendas de oro se fueron muy irritados a esos mismos países africanos. El cobre se fue a Chile y el níquel a Nigeria. Las telas de algodón prepararon su pasaporte para Egipto y las de seda para China. Toda la ropa vaquera se largó a EE.UU.

La carne, roja de vergüenza y enfado, hizo sus maletas para Argentina y las bananas para Guatemala, Colombia y Nicaragua. El maíz y las patatas se repartieron por todos los países de Latinoamérica, donde habían nacido sus tatarabuelos. Naranjas, limones y mandarinas se fueron a Extremo Oriente, de donde los habían traído los árabes hace siglos. Los eucaliptos regresaron a Australia y los cipreses a Persia; los tomates a Perú, las berenjenas a la India, los pimientos a Guayana y el maíz a México. El arroz, la alubia, el melocotonero, el tabaco... regresaron para siempre a sus lugares de origen... Y así, poco a poco, cada cosa se marchó a su país de nacimiento. La tienda se iba quedando casi vacía...

La gente del barrio volvió a asomarse a sus ventanas al sentir tanto movimiento en la calle de aquellos extranjeros que se marchaban tan enfadados. Se reían de ellos y se encogían de hombros diciendo: “¡Bueno, que se vayan!... Aquí tenemos de sobra y nuestras fábricas producen de todo”...



En ese mismo momento, el fuego de sus cocinas se apagó: la comida se estropeó y sus hornos dejaron crudo el pavo, pues el gas se marchó volando a Argelia. Así que tuvieron que pedir urgentemente en todos los hogares una tele-pizza, pero les contestaron que el servicio había quebrado: ¡todas las pizzas se habían ido a Italia sin avisar!

Dispuestas a no quedarse sin la cena navideña, muchas familias cogieron sus coches para ir a algún restaurante que quedase abierto, pero... ¡no había gasolina en sus depósitos ni en las estaciones de servicio!... El petróleo se fue a Venezuela, a Irak y al Golfo Pérsico. Además, los coches habían quedado hechos una birria: el caucho de las ruedas también se había ido a su país y las carrocerías parecían de chicle, pues el aluminio, el hierro, el plástico, etc. ya no estaban tampoco.

¡Vaya Navidad!... Casi desesperados, con mucha hambre y aburridos, unos conectaron el ordenador para pasar el tiempo con un video-juego; otros marcaron mensajes en sus teléfonos móviles. Pero tampoco pudieron hacerlo: nadie sabía que tales mecanismos funcionan con un mineral llamado coltán, que fue el primero en irse al Congo, de donde lo habían traído recientemente. Además, estos utensilios tan modernos ya habían reservado billete para Japón, Taiwán y Tailandia.

¡Bueno, no pasa nada!... Encendamos la chimenea de leña y cantemos “Noche de Paz”... se dijeron unos a otros para animarse. Mas ni siquiera eso pudieron cantar puesto que el villancico había regresado a Austria a vivir en la casa de su compositor.

Entonces, aquella gente de aquel barrio miró con lágrimas de arrepentimiento la pintada en la pared de la tienda: “¡Fuera extranjeros!”... y pensaron que no debieron haber permitido a aquellos brutos hacer tal barbaridad.

Y colorín colorado, ¡ qué bien que las cosas y las personas de distintos lugares del mundo se hayan mezclado !

**Autor: Esteban Tabares**  
**Fundación Sevilla Acoge**

# cuento 1

**Solidaridad Don Bosco**

